

dor y comandante militar del Estado de Zacatecas; por el C. general Andres S. Viesca, gobernador y comandante militar del Estado de Coahuila; por el citado C. general Escobedo, gobernador y comandante militar del Estado de Nuevo-Leon, y por su sustituto el C. J. C. Doria; por los CC. generales José M. J. Carvajal y Santiago Tapia, gobernadores y comandantes militares sucesivos del Estado de Tamaulipas; por el C. Coronel Juan Bustamante, gobernador y comandante militar del Estado de San Luis Potosí; por el C. coronel Joaquin Martinez, gobernador y comandante militar del 2º distrito del Estado de México; por el C. general Diego Alvarez, gobernador y comandante militar del Estado de Guerrero; por el C. coronel Gregorio Mendez, gobernador y comandante militar del Estado de Tabasco; y por el C. J. Pantaleon Dominguez, gobernador y comandante militar del Estado de Chiapas.

Si en la lista anterior faltan los nombres de los gobernadores y comandantes militares de algunos Estados, no es por otro motivo que por el de faltar en dichos Estados tales funcionarios, ó por no haber llegado todavía á nombrarse, ó por no estar en ejercicio de sus funciones, en virtud de las circunstancias de la guerra. Por lo demas, no ha habido un solo gobernador de Estado que haya dejado de reconocer la validez de los decretos de 8 de Noviembre. Otro tanto ha sucedido con todos los gefes de fuerza armada, sin otra excepcion que la de D. Aureliano Rivera, quien despues de haber procurado ponerse al frente de la que se le confió en virtud de sus apariencias de lealtad, se ha declarado por D. Jesus G. Ortega.

Notable en alto grado es en verdad el hecho de que todos los dignos mexicanos, que con las armas en la mano están defendiendo la independendencia nacional, se hayan ma-

nifestado conformes con la próroga de las funciones presidenciales del C. Benito Juarez. Notable es igualmente que tal conformidad no haya sido hija del simple deseo de evitar conflictos deplorables en las solemnes circunstancias actuales, sino nacida de la conviccion, expresada en los términos mas significativos, de la legalidad, de la necesidad, de la conveniencia de la medida adoptada en los decretos.

Las manifestaciones mencionadas, no han sido las únicas hechas en sentido tan favorable. Otras ha habido de diverso origen, no ménos dignas de llamar la atencion. En un número considerable de pueblos de la línea de Oriente, se han levantado actas, en que se ha expresado la voluntad popular, enteramente de acuerdo con la próroga de las funciones del ciudadano presidente de la república. En San Juan Bautista de Tabasco se hizo igual manifestacion con el mayor entusiasmo. La ha habido tambien en diversos puntos de la Alta-California y del Estado de Nevada, por parte de los mexicanos residentes allí, consignándose su modo de pensar en las actas de los clubs ó juntas de San Francisco, de los condados de Mariposas y de Santa Clara, y de otros lugares. La misma conformidad han expresado asimismo funcionarios y ciudadanos muy caracterizados. La prensa liberal de toda la república ha sido á su vez un eco de la opinion general.

Enunciada esta de una manera tan uniforme, no admite ya explicacion satisfactoria el comportamiento de los que la contrarian. Aun los que no estuvieran conformes con los decretos de Noviembre, deberian ya considerarlos sancionados por la ratihabicion que han obtenido. Bajo este punto de vista, es en alto grado antipatriótico cuanto tienda á fomentar la division entre los defensores de la causa nacional. De esta otra falta se está haciendo culpable al general G.

Ortega, quien por sí y por medio de sus agentes, y á pesar de su solemne promesa de no levantar una nueva bandera, la ha levantado, como es de pública notoriedad. El éxito no ha correspondido á sus esperanzas, ni á las de sus muy escasos partidarios; pero la intentona es merecedora de la mas severa censura.

Respecto de la otra cuestion á que hemos aludido, relativa á D. Antonio López de Santa-Anna, narraremos tambien sus principales incidentes.

La aparicion de Santa-Anna en los Estados-Unidos, dió lugar á toda clase de conjeturas, de las cuales es inútil que hablemos, una vez que los hechos han probado caán infundadas eran todas. A los conocidos antecedentes de ese hombre tan funesto para su país, se unía la reciente publicacion de unos documentos, oficiales y privados, en los que aparece que desde 1854, cuando estuvo encargado en México del poder supremo, trabajaba en favor de una intervencion europea; y que despues se prosternó sumisamente ante la que ha efectuado la Francia. De los documentos mencionados, el primero es una autorizacion reservada, que dió á D. José M. Gutierrez Estrada, en 1º de Julio de 1854, para que entrara en arreglos con las cortes de Lóndres, Paris, Madrid y Viena, á fin de alcanzar de todos esos gobiernos, ó de cualquiera de ellos, el establecimiento de una monarquía derivada de alguna de las casas dinásticas de esas potencias. El segundo documento es una carta de Santa-Anna á Gutierrez Estrada, de 15 de Octubre de 1861, en la que le urgia para que cuanto ántes se sustituyera "á esa farsa llamada república, un imperio constitucional," reparándose los males causados por la demagogia, y vengándose tantos ultrajes sacrílegos. El tercero es otra carta de Santa-Anna á Gutierrez Estrada, de 30 de Noviembre de 1861, en la

que decia haberle causado un gozo indecible las noticias de la candidatura del archiduque Fernando Maximiliano, y de la venida de las fuerzas aliadas. El cuarto y último, es una carta de Santa-Anna á Maximiliano, de 22 de Diciembre de 1863, comunicándole que su alma habia rebotado de contento al saber que aquel habia sido llamado al trono de México; asegurándole que su adhesion á tan augusta persona no tenia límites; y pintándole la eleccion hecha por la junta de notables, como la expresion del voto de una inmensa mayoría de la nacion mexicana.

Ese partidario acérrimo de la monarquía ha cambiado de opinion por la milésima vez. Hoy vuelve á ser un decidido republicano, enemigo mortal del archiduque austriaco, á quien prodigó ántes las mas serviles adulaciones. A consecuencia de esa novísima conversion, dirigió en 21 de Mayo del corriente año, al Sr. D. Matías Romero, ministro mexicano en Washington, una carta en la que ofrecia sus servicios á la patria, solicitando que fuesen admitidos por el presidente Juarez. Presentóse como el llamado á reconciliar los elementos nacionales. Aseveró que no ha llegado aún el dia de que se le juzgue con la imparcial justicia de la historia. Alegó como un mérito haber abandonado el poder público voluntariamente, contando con medios poderosos para sostenerse. Se envaneció de haber sido el primero en proclamar la república en 1822. Anunció que hoy se reduce su propósito á cooperar á la reinstalacion del gobierno constitucional republicano en la capital de México, y á ver al pueblo en aptitud de reorganizarse libremente por medio de sus representantes.

El ministro Romero le contestó, manifestándole haber remitido copia de su carta al ministro de relaciones y gobernacion, y expresando que si Santa-Anna no hubiera sido el

primero en solicitar el establecimiento de una monarquía en México, cuando ejercía el poder supremo de la nación; y si no hubiera reconocido y apoyado la intervención francesa, seguramente no habría dificultad para aceptar sus servicios, por tratarse de una guerra extranjera en que debe desaparecer toda diferencia de partidos. Agregó en su respuesta el Sr. Romero, que concurría en el caso la circunstancia de haber estado Santa-Anna, durante los últimos años de su vida, íntimamente asociado con el partido conservador de México, sostenedor y promovedor del anti-patriótico proyecto intervencionista.

Antes de que se recibiera la contestación del gobierno, publicó Santa-Anna, en 5 de Junio, un largo y mal compaginado manifiesto, respecto del cual, para no perdernos en sus cansadas difusiones, nos limitaremos á decir, que tiene por objeto justificar, con los mas absurdos é inadmisibles argumentos, la injustificable conducta del ex-dictador.

De la refutación de ese audaz escrito se encargó el club mexicano de Nueva-York, que ya ántes, desde el 15 de Mayo, había declarado y protestado: que no ve en D. Antonio López de Santa-Anna, mas que al odioso tirano que traicionó la causa de la independencia nacional abusando del poder público; que cree que solo su nombre bastaría para manchar la noble y santa causa que defiende el pueblo mexicano, para hacer imposible la consolidación de las instituciones liberales, y para asegurar la impunidad de todos los traidores; que el pueblo mexicano no puede tener fé en la palabra del hombre que siempre lo ha engañado; y que si llegara á verlo en el territorio nacional, reclamaria que en desagravio de la ley y de la moral pública, y por amor á la justicia, se le sometiera á juicio, y ejemplarmente se le castigara como reo de alta traición.

Tuvo de notable esta protesta, que la suscribieron en compañía, los mexicanos que han manifestado su conformidad con los decretos de 8 de Noviembre, y el general Gonzalez Ortega con sus partidarios.

En la refutación mencionada, se impugnó con habilidad el manifiesto de Santa-Anna. No se pasó por la aseveración de que hayan sido los mexicanos ricos, dichosos y muelles; exponiéndose las principales causas que han retardado el engrandecimiento de México. Con el recuerdo de la vida de Santa-Anna, se justificó que merece los epítetos de veleidoso, inconstante y ligero. Con citas de sus propios documentos, se comprobó la contradicción en que ha incurrido, al declararse primero partidario de corazón de la intervención francesa y de la candidatura de Maximiliano, y al pretender despues combatir una y otra. Se recordó que el pueblo mexicano demostró, levantándose en masa contra su dominación, durante su última dictadura, que no estaba conforme con ella. Se atribuyó con justicia su reciente cambio al duro tratamiento que tuvo de Bazaine, y á no haber merecido favor alguno al archiduque austriaco. Se le admitió la explicación de que el 1º de Julio de 1854 no pensaba en hacerse emperador, puesto que hay constancia oficial de que en aquella fecha no pensaba sino en vender á su patria. Se le advirtió que esto no era desinterés y desprendimiento, sino traición. Se sostuvo que no se puede creer en su arrepentimiento, ni en su sinceridad, cuando sus constantes defecciones le quitan todo derecho á ser creído. Se le indicó que, para combatir por la república y ayudar á su triunfo, bien puede gastar una parte de sus inmensas riquezas, sin aspirar á ser el jefe de los soldados republicanos, los cuales no se prestarían á obedecerlo. Impugnóse, en fin, que fuera el llamado á conciliar los ánimos, cuando

lo natural seria que emplease el gran ascendiente que asegura tener sobre el partido conservador, para contrariar en union de este, la libertad civil y religiosa establecida actualmente en la constitucion mexicana.

El ministerio de relaciones y gobernacion contestó en 6 de Julio la nota del Sr. Romero relativa á Santa-Anna. En esa respuesta se dijo: que el gobierno de la república ha observado en la guerra actual la regla invariable de aceptar los servicios de todos los mexicanos, que de buena fé quieran defender, voluntaria y lealmente, la causa de su patria; y que si pudiera considerar en tal condicion á Santa-Anna, ni un momento vacilaria en aceptar y agradecer la oferta de sus servicios; pero que no podia tenerse ninguna seguridad de la lealtad de sus intenciones, ni siquiera alguna duda que pudiera inclinár en su favor, en virtud de los gravísimos cargos de su conducta pasada. En corroboracion de este concepto, se recordó el contenido de los documentos publicados por sus mismos cómplices, respecto de la intervencion francesa y de la monarquía de Maximiliano; y tambien se trajo á la memoria: que se ha filiado en todas las banderas; que ha proclamado todas las causas; que se presta á todas las sospechas. De aquí se dedujo, que los defensores de la república no querian combatir con él en el mismo campo, temiendo que los entregara; ni tampoco unirse á él, ó ponerse bajo sus órdenes, recelosos de que maquina su perdicion, y hasta que viniese enviado por la intervencion extranjera, para introducir en México un elemento de discordia, y favorecer á los sostenedores de aquella. Por estas consideraciones, se desechó la oferta de sus servicios, hecha cuando ha visto que está próxima á sonar la última hora de esa intervencion extranjera.

No obstante lo mal parado que quedó Santa-Anna en la

discusion provocada por su atrevimiento, se ha empeñado en continuarla, como si le fuera posible salir airoso de ella. En 5 de Setiembre se dirigió de nuevo al ministro Romero, con el irrealizable objeto de rebatir los cargos que se le han hecho en la carta de dicho señor, y en la nota oficial del ministerio de relaciones y gobernacion. Santa-Anna se quejó de que se haya contestado en lenguaje rudo y agresivo al cortés ofrecimiento de sus servicios. Vanas y vagas declamaciones llamó al cargo de haber sido el primero en solicitar el establecimiento de una monarquía en México, y en reconocer y apoyar la intervencion francesa. A su urbanidad y cortesía atribuyó la imputacion de que apoyaba á tal ó cual gobierno. Jactóse de haber sido el primero en servir á México, con su persona y sus recursos, sin limitacion alguna, en todas las guerras extranjeras que ha tenido la nacion. Fundado en no haber sido admitido por los intervencionistas, declaró comprobado que no ha sido amigo y cooperante de la intervencion. Para desmentir que se proponga trabajar por el partido conservador, alegó que ha puesto su espada al servicio de los antagonistas mas implacables de ese partido. Con el deseo sincero de sacrificar ante los intereses de la patria todo ódio y discordia doméstica, explicó la oferta de sus servicios á los mismos contra quienes ha combatido. Manifestó que jamas ha tenido por poderosa y permanente la intervencion. Se lamentó que se proclamara el exterminio de un círculo valioso de nuestra sociedad. Por su adhesion á la causa nacional, aseguró que habian sido confiscadas sus tambien valiosas propiedades. Expresó que su conducta pública jamas ha tenido por móvil la razon de partido; y que como militar, ha ocupado siempre el puesto que le ha señalado siempre el deber. El propósito de emplear su espada en los conflictos de la pa-

tria, lo anunció de nuevo, agregando que no le arredrán los términos bruscos con que han sido desechados sus servicios.

El ministro Romero rebatió, en carta de 20 de Setiembre, las observaciones de Santa-Anna. Díjole que, en su correspondencia anterior, había procurado ser franco, pero no irrespetuoso; y que si había empleado algunas frases duras, debería atribuíse esto á las circunstancias y á los antecedentes del quejoso, y no á un deseo innoble de ofenderlo. En cuanto á los dos cargos de haber sido el primero en solicitarle establecimiento de una monarquía en México, cuando ejercía el poder supremo; y de haber reconocido y apoyado la intervencion francesa, le recordó el texto expreso de los documentos recientemente publicados sobre el particular. Advirtióle que, si al mencionado reconocimiento hubiera de llamársele urbanidad y cortesía, no seria posible tomar á lo serio su última oferta de servicios al gobierno republicano. Encargándose del hecho de no haber sido admitido Santa-Anna por los franceses y los traidores, le observó que esto no probaba que no hubiera reconocido la intervencion, sino simplemente que no les ha inspirado confianza. Le repitió que no podia inspirarla á nadie, por sus muchas defecciones. Sin mostrarse opuesto á la idea de la conciliacion de los partidos, le manifestó que el conservador había perdido este carácter, para convertirse en una faccion traidora, por haber solicitado la intervencion extranjera en los negocios de México. Le hizo presente que, no obstante tal circunstancia, no había querido proscribir ese partido en masa, sino indicar el peligro de que los miembros culpables de él quedaran impunes. Con el recuerdo de los incalculables males que ocasionó el error de nuestros padres de aceptar á los mexicanos anti-independientes, le probó que no debía imitarse tal conducta. Sin disentir los an-

tecedentes de Santa-Anna, le declaró que nadie que desee dejar su nombre sin mancha á la posteridad, le envidiará algunos de ellos. Le reprobó su intencion de tomar parte en la escena política de México, aun contra la determinacion del gobierno, lo cual denota que no ha sido de buena fé la oferta de sus servicios, siendo, en tal caso, sus desig-nios tan anti-patrióticos como criminales. Para acabar le notificó, que daba término á la discusion sobre los diversos puntos de que se habia encargado.

El Sr. Lerdo consideró inútil ocuparse de los que le eran personales, puesto que el Sr. Romero habia contestado suficientemente los conceptos inexactos del Sr. Santa-Anna, y puesto tambien que los cargos hechos contra este están registrados en la historia de las desgracias de la república, apoyándose en hechos tan generalmente conocidos, que no es controvertible su notoriedad.

Incontrovertibles son, en efecto, las acusaciones que la historia ha recogido ya contra el ex-dictador. Su versatilidad y mala fé han pasado á proverbio. Con él ha sucedido, lo que acaba siempre por suceder con los que sirven y se sirven de todos los partidos, obrando sin conciencia y sin moralidad; es decir, que en cierta época llegan á ser despreciados por todos. Santa-Anna ha visto desechadas sus ofertas á la vez por los intervencionistas y los anti-intervencionistas. El gobierno republicano no ha aceptado sus servicios; Maximiliano ha mandado secuestrar sus bienes.

Vanas han sido las tentativas que se han hecho para dar importancia á su viaje y permanencia en los Estados-Unidos. Para llevarlo allí, hubo de por medio, á lo que parece, una carta supuesta de Mr. Seward. Con frecuencia han hablado los que han querido estafarlo, de la facilidad con que puede conseguir, en los mismos Estados-Unidos, hombres

y dinero, sin que encuentren quien les dé crédito. Recientemente ha llegado su desprestigio á lo sumo, con haberse unido al círculo mas desacreditado de los fenianos, y por haber entrado en íntimas relaciones con aventureros del calibre de D. Gabor Naphegyi, que funge como su secretario universal. Para dar idea de su absoluta falta de criterio, bástenos decir que, en una reunion feniana tuvo el descaro de afirmar, que la flor y nata del ejército que mandó, durante la guerra de México con los Estados- Unidos, eran dos compañías de desertores irlandeses. Quien así insulta á su patria, merece el desprecio de todos.

Respecto de su impotencia en la república mexicana, para nadie puede ser dudosa. Tan desconceptuado está en ella, que no se le admite ni siquiera para campeón de una causa perdida. Sus escasísimos partidarios son bien conocidos por sus pésimos antecedentes.

Hemos indicado ya, que ha habido empeño, á pesar de todo, y con el culpable objeto de pintar en una division completa á los anti-intervencionistas, en aparentar que existe una gran discordia entre los republicanos, defensores de la nacionalidad patria. Los hechos están comprobando lo contrario, puesto que, miéntras G. Ortega y Santa-Anna no tienen ni siquiera la posibilidad de ser admitidos en el territorio nacional, la autoridad del presidente Juarez es reconocida, sin contradiccion alguna, en todos los puntos del país no sometidos al yugo forzado de la intervencion.

Con el mismo propósito de adulterar la verdad, se ha querido dar grande importancia á las tenebrosas intrigas de unos cuantos orteguistas y santanistas, residentes en la ciudad de México, á quienes se ha deportado á Yucatan. Basta ver los nombres de los comprometidos en ese negocio, para comprender la falta absoluta de eficacia de los esfuerzos de tales conspiradores.

Por mas que se empeñan los intervencionistas en aparentar lo contrario, bien convencidos están ellos mismos de que se acerca la última hora del agonizante imperio de Maximiliano. A que suene cuanto ántes están cooperando, mas que ninguna otra cosa, los repetidos triunfos obtenidos últimamente por las armas republicanas. En seguida vamos á mencionarlos, enlazándolos, cuando así corresponda, con los acontecimientos políticos, en union de los cuales forman un solo todo. Déjase entender que solo hablarémos de los principales y aun de esos bien superficialmente, por no caber su relacion detallada en los límites naturales de esta revista; pero sí los abrazarémos en su conjunto, para darles el imponente aspecto que presentan en la actualidad en la república entera.

El Estado de Chiapas ha continuado libre de toda invasion del enemigo, al cual se ha dado demasiado que hacer en todos los lugares en que se ha encontrado, para permitirle pensar en nuevas expediciones lejanas. No por eso han permanecido los chiapanecos en la inaccion, ni mostrándose indolentes á los males del país á que pertenecen. Léjos de eso, se han esforzado en organizar tropas para su defensa local en cualquiera eventualidad, sin perjuicio de enviar las que han podido, á combatir al lado de sus hermanos de armas, en otros puntos de la línea de Oriente.

A Tabasco ha cabido en suerte, á pesar de su tambien ventajosa posicion geográfica, luchar y vencer por la causa nacional. Despues de haber recobrado su capital, la cual quedó medio destruida en la lucha de que fué teatro á principios de 1865, ha sabido conservar las ventajas adquiridas, sin que hayan servido para otro efecto que para excitar su patriotismo, los repetidos amagos de los buques franceses situados á la entrada de Grijalva. En la parte limítrofe con

Yucatan, los imperialistas eran dueños de la plaza de Jonuta. Los tabasqueños resolvieron quitársela; y en efecto, el 17 de Abril del presente año la tomaron á viva fuerza, despues de un reñido combate. Creyendo luego inútil mantener guarnicion en aquella villa, la abandonaron, volviendo por tal motivo á ser ocupada por fuerzas enemigas, las cuales proclamaron el 11 de Agosto la causa de la república. En el acta que levantaron, consignaron el principio de que es indigno de todo buen mexicano servir bajo el llamado gobierno del intruso emperador austriaco, para subyugar á su patria. Se sometieron al gobierno político y militar de Tabasco. Redujeron á prision al comandante Galero, y reconocieron como gefe de la fuerza á D. Diego Ongay.

En Oaxaca, el general imperialista D. Luciano Prieto, que salió de la capital del Estado para Tehuantepec, desde mediados de 1865, tuvo que habérselas desde luego con los juchitecos, quienes el 27 de Julio de ese año se pusieron sobre las armas, protestando contra el establecimiento de un imperio en México por el ejército frances. Viendo que los imperialistas no se atrevian á atacarlos, tomaron ellos la iniciativa, á las órdenes del coronel D. Luis P. Figueroa. El 7 de Enero de 1866 asaltaron las fortificaciones de Tehuantepec; y aunque fueron rechazados, causaron alguna pérdida al enemigo. Hasta al cabo de algunos meses fué cuando pudo Prieto organizar una expedicion formal sobre Juchitan. El 5 del último Setiembre atacó esta poblacion, penetrando al recinto de la plaza, tras un combate de cuatro horas. No pudiendo, ó no teniendo la intencion de conservar la plaza, la abandonó. En su retirada le acometieron los republicanos, colocados en el bosque que rodea en todas direcciones á Juchitan. Completa fué entónces la derrota de los imperialistas, de los que solo cincuenta dispersos lo-

graron llegar á Tehuantepec. Allí cayó enfermo Prieto de fiebre tifoidea, sucumbiendo á á los pocos dias.

El infatigable D. Luis P. Figueroa, merecidamente ascendido ya á general, ha estado constantemente en campaña, dando repetidos golpes al enemigo. Aunque los periódicos intervencionistas aseguraron que habia sufrido una completa derrota el 29 de Octubre de 1865, tal aseveracion fué falsa, siendo lo que realmente ocurrió entónces, que habiendo hecho Figueroa una correría por Zongolica, Orizava y Tehuacan, los austriacos le cortaron su retaguardia en la fecha citada y le causaron algun daño, sin embargo del cual pudo tomar, á los pocos dias, á Teotitlan del Camino. El 21 del siguiente Diciembre se apoderó de Villa-Alta, despues de arrojar á los imperialistas de sus posiciones fortificadas. Emprendió luego, en Enero del corriente año, el ataque sobre Tehuantepec, de que ya hemos hablado. El 30 de Marzo invadieron 1,200 austriacos y traidores, con dos piezas de á 4 rayadas y tres obuses de á doce de montaña, la línea de su mando, penetrando hasta el pueblo de Soyaltepec. Despues de seis horas de un fuego mortífero, fueron rechazados y contramarcharon á Ixcatlan, donde se les siguió hostilizando por las fuerzas republicanas, hasta el 22 de Abril, que recibieron refuerzos y municiones. El 23 volvieron con mas brío sobre las posiciones de Figueroa, y por segunda vez tuvieron que retirarse con gran pérdida. El 25 emprendieron su tercer ataque, durando el combate quince horas, al cabo de las cuales fueron completamente rechazados, y perseguidos hasta el pueblo de Santo Domingo. Sus pérdidas fueron de consideracion. Figueroa volvió desde luego á tomar la iniciativa. A mediados de Junio entró á viva fuerza en Tehuacan. A últimas fechas andaba operando por el rumbo de la Cañada.

El general D. Porfirio Diaz recibió, á fines del año pasado, del general Alvarez, los auxilios que fué posible proporcionarle, en hombres, armas y municiones. Con estos elementos atacó el 4 de Octubre al gefe imperialista Visoso, sobre quien obtuvo un importante triunfo. El 13 del mismo mes se apoderó de Silacayoapam, de donde huyó la guarnición traidora que allí habia. En seguida entró á Tlajiaco; pero amagado por una fuerte columna de austriacos y traidores, evacuó dicha plaza el 22. Retiróse tan poco á poco, que solo anduvo diez y siete leguas en toda una semana, sin que el enemigo se atreviera á atacarlo. El grueso de la columna austriaca se retiró luego á Oaxaca, donde la necesitaban, dejando el resto de su fuerza en Tlajiaco. En varios encuentros que con los que allí quedaron tuvo el general Diaz, llevaron aquellos la peor parte, lo cual hizo preciso que fueran reforzados. Con excepcion del mismo Tlajiaco, todos los demas puntos de las inmediaciones cayeron en poder de los republicanos. Miahuatlan y Ejutla se levantaron contra el imperio el 24 de Enero de 1866. El 28 del mismo mes atacaron los traidores á Silacoyoapam y fueron rechazados. El general Diaz, que volvió á encargarse del mando en gefe de la línea de Oriente, siguió hostilizando sin cesar al enemigo, hasta donde se lo permitian los escasos elementos con que contaba. A principios de Abril se dirigió sobre Jamiltepec, de donde huyeron los imperialistas, abandonando en su fuga mas de 400 armas de fuego, y bastantes pertrechos de guerra. En seguida comenzó sus operaciones en las Mixtecas, sorprendiendo en Putla el 14 del mismo Abril al cabecilla español Ceballos, que mandaba una fuerza de 200 hombres, y desbaratándolo completamente. Posteriormente ha seguido la campaña sin interrupcion, teniendo en constante movimiento al enemigo, y

augmentando á cada paso su propia fuerza. En persecucion suya salió de Oaxaca para Tlajiaco el general imperialista Oronoz, quien regresó á aquella capital sin haber hecho nada de provecho en su expedicion.

La insurreccion en aquel Estado, cunde como en todas las demas partes de la república. Fuera de las fuerzas que militan directamente á las órdenes de los generales Diaz y Figueroa, y de las que manda el coronel D. Félix Diaz, hermano de D. Porfirio, hay otras varias que recorren pueblos y haciendas, teniendo en constante alarma al enemigo. Algunos de los traidores, que fungian de autoridades imperialistas, han sido ejecutados. La ciudad de Oaxaca fué declarada en estado de sitio, por bando de 20 de Setiembre, imponiéndose ademas un préstamo de 2 por ciento sobre bienes raices ó flotantes. Sin la pronta vuelta de la columna expedicionaria de Oronoz, habria caido la expresada ciudad en poder de los republicanos, quienes seguramente poco han de tardar en apoderarse de ella.

En el Estado de Veracruz, habiendo llamado la atencion del mariscal Bazaine los constantes progresos de las fuerzas republicanas, á fines de 1865, deteterminó contenerlos por medio de una expedicion formal. Aquellas, en efecto, se habian apoderado ya de Zongolica, donde se levantó por la poblacion una acta contra el imperio; de Naolinco, de Tlapacoyam y de otros varios puntos. Orizava y Jalapa estaban amagados constantemente, y cortadas de continuo las dos vías de comunicacion entre México y Veracruz. La expedicion proyectada por el mariscal, se facilitó con la llegada, el 6 de Diciembre del año citado, de un refuerzo de 1,200 franceses. Ya desde ántes, es decir, á mediados de Noviembre, habia marchado sobre el general D. Ignacio Alatorre, comandante de la línea del Norte del Estado, una columna



de 2,000 austriacos, con 8 piezas rayadas y un gran tren de provisiones. Aunque las fuerzas republicanas no llegaban á la cuarta parte de las contrarias, las esperaron con denuedo en Tlapacoyam, resistiéndoles en varios combates, allí y en las inmediaciones de la poblacion, hasta que la superioridad numérica del enemigo le dió el triunfo el 22, al cabo de ocho dias de lucha. Nuestras tropas se condujeron con extraordinario valor. El coronel D. Manuel Antonio Ferrer, que estaba en un reducto con 16 soldados y un oficial, les mandó retirarse cuando se les acabaron las municiones, y aprovechó unos cuantos cartuchos que quedaban, para hacer fuego con un fusil sobre el enemigo. Subió luego sobre las ruinas del reducto, sacó su pistola, cuyos cinco tiros disparó, y en seguida se cruzó de brazos, esperando la bala que puso fin á su vida. Los austriacos, admirados de tanto valor, le hicieron un entierro solemne. El cadáver fué cargado por cuatro capitanes, y todos los oficiales asistieron al funeral. El gefe austriaco ofreció una suma considerable por la espada de Ferrer.

El general Alatorre, y el teniente coronel Zach, comandante de las fuerzas imperiales, entraron despues en pláticas sobre cange de prisioneros, con lo cual se dió un nuevo ejemplo de que un gefe extranjero tratara como beligerantes á los republicanos, no obstante lo dispuesto en el famoso decreto de 3 de Octubre.

El 24 del mismo mes de Noviembre, el coronel D. Juan N. Mendez alcanzó un triunfo sobre el enemigo en el punto del Espinal, y el 17 de Diciembre siguiente, una seccion republicana fué batida por 400 hombres salidos de Tlapacoyam.

Siguiendo los imperialistas su avance, el general Alatorre, de acuerdo con los gefes principales de su línea, resol-

vió concentrar en Papantla todas las fuerzas disponibles. Las reunidas ascendieron á 477 soldados, con 3 piezas de artillería y muy pocas municiones, y todavía menos provisiones de boca, mientras que el enemigo contaba con 1,500 soldados, 11 cañones y todo lo necesario. El 11 de Enero de 1866, los austriacos atacaron el punto avanzado de Agua Dulce; y aunque al principio fueron rechazados por el batallón Zamora, mandado por el coronel D. Lorenzo Fernandez, recobraron despues lo perdido gracias á su superioridad numérica. El mismo dia fué derrotado en Tecolutla un piquete de guardia nacional. No siendo posible continuar la lucha por mas tiempo, se celebró con el mayor Schonowsky, el 15 una capitulación, en la cual se convino en el desbandamiento de las fuerzas republicanas, permitiéndose á los generales, gefes y oficiales que no quisieran adherirse al imperio, que se fueran para donde gustasen; estipulándose que serian bien atendidos los heridos y enfermos en el hospital, así como pagados de los fondos imperiales; y reconocándose las deudas republicanas contraidas en los cantones de Tlapacoyam y Misantla. Así concluyó por entónces la campaña en la línea del Norte del Estado de Veracruz.

La línea del Sur fué invadida á su turno. El 24 de Marzo del presente año, se presentaron cuatro vapores franceses grandes y uno pequeño ante la ciudad de Tlacotalpam, avanzando á la vez una fuerza enemiga de infantería y caballería por Omealca. A fin de que no le cortaran la retirada, el general D. Alejandro García pasó con sus tropas el rio de Papaloapam, y colocándose en su orilla derecha, formó una línea de defensa desde Chacaltiangui hasta Santiago Taxtla. Quince dias esperó en aquella posicion sin ser atacado. Sabiendo luego que parte de la fuerza contraria se